



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

Vocación y vida universitaria

Ezequiel Bramajo¹

ezequiel_bramajo@live.com.ar

¹ Se graduó en filosofía y cursó estudios de posgrado en ciencias políticas y sociología. Ejerció la docencia universitaria en el área de Historia de la Filosofía y Filosofía Contemporánea. En 2017, publicó “Nietzsche y el Nihilismo. Ensayo de una transvaloración radical”. Fue prologuista del texto “Pensar después de la metafísica. Psicoanálisis, fenomenología, hermenéutica” y autor de varios artículos periodísticos.

El discernimiento de la vocación profesional es, sin dudas, un proceso complejo. Se trata, fundamentalmente, del ejercicio activo de observarnos a nosotros mismos. Aunque de un modo particular, de un modo desacostumbrado, apartándonos de los quehaceres diarios. Distinguir gustos, advertir inclinaciones, descubrir deseos, percibir movimientos, detectar habilidades, en definitiva, reconocernos en aquello que despierta nuestro interés; hacia allí debe volcarse la mirada. Requiere disponernos de un modo especial a escuchar nuestras voces más profundas, las que sólo resuenan en el atardecer de las labores, para entrever allí el sentido que se insinúa, una dirección posible para nuestras vidas, aún cuando luego ésta pueda desviar el rumbo o aún cuando nosotros mismos, en una comprensión más honda, elijamos libremente virarlo.



Descubrirnos, en el sentido en que estamos hablando, no es una labor sencilla; es, antes bien, una ardua tarea que exige como presupuesto fundamental, el compromiso auténtico con un proyecto de vida. Una meta puesta más allá del hoy de nosotros mismos, de lejano alcance. Descubrirnos, es la experiencia de sobreponernos a nosotros mismos en nuestras comodidades, resistencias y fantasías. Es un camino de largas hondonadas, de serpenteos escarpados, de marcha lenta. Ponernos en marcha hacia

nosotros mismos...de eso se trata. Pero tal marcha implica también mirar hacia atrás, retroceder en el tiempo para dejar que se hagan presentes las formas y figuras del pasado, todo aquello que nos llevó a este preciso instante, hasta este ser lo que hoy somos. Es dejar que los acontecimientos que forjaron nuestra historia personal converjan con renovada fuerza en el tiempo presente para señalarnos difusamente la conveniencia de tal o cual rumbo. La senda más adecuada para acompañar, a través de un hacer, aquella vida que desde nuestro propio fondo deseamos y que como hombres estamos llamados a vivir.

Y en este traer al presente el pasado, pasan al frente desde la clandestinidad del recuerdo, situaciones, personas, pensamientos, vínculos, sentimientos, sueños, ilusiones...las infinitas formas que constituyen el ámbito de lo humano.

El proceso de discernimiento vocacional es, entonces, el itinerario que nos conduce hacia una comprensión más honda de nosotros mismos, que a su vez requiere atravesar retrospectivamente las distintas capas que nos recubren hasta llegar al fondo de nuestra interioridad. Agustín de Hipona, padre de la iglesia y del pensamiento occidental decía siglos atrás al respecto: *“No busques fuera. Vuelve hacia ti mismo. En el interior del hombre habita la verdad.”*²

Es importante advertir, por otra parte, que aun sin suprimir sus diferentes obstáculos, el camino del descubrimiento vocacional puede ser transitado con cierta menor dificultad si nos disponemos adecuadamente a ello. Es conveniente por tal razón, como primera actitud, la docilidad. Hacer actual el pasado, mirarnos en nuestras inclinaciones más hondas, en definitiva, discernir la vocación, solo resulta posible en la forma de un dejarnos abrazar por todo aquello que desde la génesis de nuestra historia personal madura en nuestro interior. Esto es, aceptarnos también en aquello que no deseamos y que con ímpetu rechazamos de nosotros mismos. Pues también eso que rechazamos expresa lo que somos. La forma contraria es la negación, la

² Agustín. De vera religione. Cit. Hirschberger

caricaturización de lo que somos, una representación ficticia de nosotros mismos.

La disposición dócil entonces, libre de resistencias, es la expresión más adecuada para advertir la vida como don, como gratuidad que se vuelca hacia nosotros. Es la expresión más propia y primera de aquél que es capaz de dejarse llenar por la vida que adviene para hacerse en él lúcida, para hacerse la palabra esperada, la primera palabra de una proposición que lentamente comienza a construirse. Aquella que precisamente se persigue desde el inicio de este gran itinerario.

Además de la docilidad, la segunda actitud que resulta conveniente cultivar, para oír con cierta claridad el llamado de la vocación, es la atención. El andar pausado, la cabeza erguida, la vista ágil, el corazón agazapado y el pensar perseverante. Así todo se vuelve descubrimiento, asombro, anonadamiento, belleza capaz de sanar las contrariedades de la existencia humana. Lo cotidiano opaco renace colorido, con tonalidades brillantes.

Y de la mano de la atención, la espera, de forma tal que decline en una espera atenta. La espera refiere a la serenidad del ánimo para aguardar la llegada del momento oportuno, de ese momento que pareciera siempre postergarse cuando gana la incertidumbre. El *kairós*, como decían los antiguos griegos; el momento justo, la ocasión propicia en la cual resulta conveniente sin demora dar un paso hacia la acción.

Todo ello vivido en el proceso de discernimiento vocacional nos prepara de una manera adecuada para enfrentar la vida universitaria, el estudio en su más alto nivel. Puesto que, también la vida universitaria requiere una disposición afectiva especial. También la vida universitaria es un camino hacia nosotros, hacia el hombre, en su sed insaciable de saber...acerca de sí, en sí mismo y con relación a los otros, acerca de lo que está por debajo de él, el mundo físico y sensible y acerca de los que está por encima de él, lo más que humano. Estas cuatro direcciones cubren el abanico de los recorridos posibles de todas la ciencias.

Ingresar a la universidad, a una comunidad universitaria es ingresar a la vida del espíritu, a la vida que brota espontáneamente de ese lugar distintivo del hombre gracias al cual señorea el mundo. Aquí y no en otro lado se encuentra el sentido de la universidad, en el deseo raigal del hombre de saber siempre más, hasta lindar con aquello misterioso e insondable que se cuele por entre las hendiduras de las ciencias. Se trata, por otra parte, en cuanto comunidad, en cuanto espacio humano, del lugar eminente de la asociación y colaboración entre sus miembros integrantes mediante la cooperación y la comunicación. Así docentes y alumnos se integran en orden a una finalidad común, se vinculan en torno a un ideal de vida compartido. La universidad es, entonces, el lugar del diálogo y de la amistad cuyo transcurrir se da al modo de una conversación amigable con las distintas formas del pensar. La universidad se fundamenta, entonces, en el deseo enraizado del hombre de saber cada vez más, en orden a ello se constituye en el ámbito por excelencia de la búsqueda constante, de la investigación y por tanto de la libertad. Aquí está su esencia.

Pero la vida universitaria supone una disposición afectiva adicional. Además de las mencionadas en el proceso de discernimiento vocacional: el contento o alegría.

Para referirme a esta última actitud hago propias las palabras inspiradoras de un gran profesor de la universidad en un texto titulado *La vocación del hombre*:

Con todo, cuando uno se siente que está en el camino que lleva a lo definitivo, cuando gracias al ideal de vida, la existencia cobra un sentido total y una orientación perfectiva, entonces pese a los dolores y tristezas, hay un fondo de contento permanente que puede quedar inalterado. Desde él brota una especie de coloración que afecta a todos los otros estados afectivos; desde él surge una atmósfera que envuelve con un determinado tono las diversas vivencias afectivas...Cuando en el fondo del alma hay contento, los objetos habitan la

existencia, pese a las contrariedades, en forma de figuras cargadas de sentido positivo.³

Ingresar a la vida universitaria augura la magnífica oportunidad de embarcarse en la gran aventura humana del conocimiento, una aventura que va más allá de nosotros mismos, que desde siglos peregrina, con avances y retrocesos, en la búsqueda apasionada de la verdad. Como dice Platón en su diálogo *Parménides*:

Es hermoso y divino el ímpetu ardiente que te lanza a las razones de las cosas; pero ejercítate y adiéstrate en estos ejercicios que en apariencia no sirven para nada...mientras eres aún joven; de lo contrario, la verdad se te escapará de las manos. (Parménides 135d)

³ Mandrini, H. La vocación del Hombre. Guadalupe. Pág. 24